



EL

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: por D. A. Pirala.—El amor de una Africana (poesia), por doña Eduarda Moreno Morales.—Escursion Primavera (continuacion).—La Bola de Nieve, por doña Elena Mora D' O.—Variedades: El Mundo viejo y el Mundo nuevo, por Gazel.—Modas.—Teatros.—Advertencia.

INSTRUCCION.

Consejos de una madre á su hija, por la Marquesa de Lambert.

Nos acercamos al término de esta série de artículos.

No sabemos á qué dar la preferencia, si á la educacion de la mente ó á la del alma; pero prescindiendo ahora de esta cuestion, recomienda la Marquesa como primer cuidado perfeccionar el corazon y sus afectos; pero sin duda el amor que tenia á su hija, podia mas en ella que la razon que presidia á sus consejos, y la inducia á pintar el amor con exagerados colores, para que se temiera.

Enhorabuena que se combatan las pasiones que ofuscan la razon, extravian el juicio y pierden al alma; pero de los efectos de una pasion exajerada á uno de esos amores plácidos que deleitan el alma y enaltecen la vida, hay una distancia inmensa.

Sin duda que el amor en un principio no presenta mas que flores, y esconde el peligro y engaña; mas ¿qué peligros ha de temer el corazon fortificado con la virtud? qué enga-

ños la persona dotada de un recto y claro juicio adquirido en una sólida instruccion?

Despues de recibir una buena educacion, de destruir las preocupaciones de la infancia, de fortificar la razon, y de adquirir principios ciertos para servir de apoyo; comprendiendo que la mayor parte de los desórdenes de la vida, nacen de las falsas opiniones, y que las falsas opiniones dan sentimientos desarreglados, y que cuando el entendimiento no está ilustrado el corazon está abierto á las pasiones, nada mas fácil que saber cumplir entonces las obligaciones que impone la sociedad. Nos pertenecemos á ella: es el elemento de nuestra vida.

El primer deber es pensar en los demas; porque los que no viven mas que para sí caen en el desprecio y en el abandono. La vida civil es un comercio de servicios mútuos, y el mas honrado mas pone.

Green muchas personas elevarse abatiendo á sus semejantes: de aquí la murmuracion y la envidia. La bondad atrae amigos, que se interesan en alabar y en aumentar las buenas prendas. El que quiera que piensen y digan bien de sí, no diga jamás mal de nadie.

Las buenas prendas del corazon atraen mas que las del talento; así se ven gentes aborre-

cibles con mucho talento: saben dar buena opinion de sí mismas, y quieren dominar y abatir á los demas.

La humildad no es solo una virtud cristiana: es tambien una virtud de la sociedad, y tan necesaria que sin ella es el trato difícil.

Así se consigue poco á poco esa envidiable reputacion que, aunque es un bien muy de desear, es flaqueza buscarla con demasiado ardor: es preciso contentarse con merecerla.

Véase sin admiracion y sin envidia á los superiores; sin desprecio á los inferiores, y no preocupe el fausto, pues solo las almas pequeñas se postran delante de la grandeza: la admiracion se debe solo á la virtud.

Al hombre se le debe estimar por sus prendas, por sus cualidades personales; no por sus dignidades y riqueza; y ninguna amistad de tanto valer como la del hombre honrado.

El odio y la venganza son un vicio, y solo las almas grandes son sensibles á la gloria de perdonar. Por esto debe procurarse hacerse estimar para consolarse de la estimacion que rehusan, y hacer bien á los que han ofendido: es la venganza mas fina.

Disimúlese la infidelidad de los amigos, y así se les puede dar tiempo para arrepentirse y volver en sí. De esta manera se hace feliz la vida en la sociedad.

A. Pirala.

LITERATURA.

EL AMOR DE UNA AFRICANA.

¡Ven, nazareno, ven! oye mi ruego,
mi ardiente llanto, compasivo escucha!
Ven y mitiga el devorante fuego
con que mi alma enamorada lucha!

Ven, nazareno, ven! Deja que aspire
el perfumado aliento de tu boca;
que mi pupila en tu pupila mire,
y en tus brazos de amor me vuelva loca!

Ven, y en tu seno su abrasada lava
el volcan de mi amor ardiente vibre!
No me desprecies porque soy esclava,
que tengo, nazareno, el alma libre!

¡Libre para adorarte! ¿Quién podría
apagar el ardor que me devora?
¿Quién tu amor de mi pecho arrancaría?
Nadie, cristiano, nadie.... ¡Ella te adora!

Mira mi juventud mística y ajada
como la flor que el huracan deshoja;
contempla ya sin brillo mi mirada
y pálida mi faz por la congoja.

No sabes lo que sufre, nazareno,
una mujer cual yo, que adora y calla;
que desgarrando una pasion su seno
entre el silencio y el honor batalla.

¿Qué quieres, nazareno?.... ¿quieres oro?
¿quieres gloria, poder?... tu fantasía
cuanto anhele tendrá. Dí—Yo te adoro—
y es tuya, nazareno el alma mía.

Y tu esclava seré... y á tu Granada
contigo partiré.... Sí, quiero verla,
quiero aspirar su brisa perfumada.....
dicen que tu Granada es una perla!

Llévame, nazareno ¡sí, partamos!
un volador corcel tengo dispuesto.
Arráncame de aquí; ¡ay, ven! huyamos
libres cual la gacela en el desierto.

¿Qué dices, nazareno? ¡tú desoyes
mi ardiente llanto!... ¡Ah! terrible idea!
¿Por qué mi amor indiferente oyes?
¿Amas á otra mujer? ¡Maldita sea!

¿En dónde está, cristiano? á mucho alcanza
un corazon en loco desvarío!...
¿No me roba mi amor y mi esperanza?
Quiero decirla, tu cristiano es mio.

Llorará como yo, y su belleza
marchitada verá.... su faz de rosa
lívida tornaráse en la tristeza,
contemplando infeliz mi alma gozosa.

Hasta su reja enamorado acento
no llevará jamás la pura brisa,
y al escuchar su agudo sentimiento
yo le responderé con mi sonrisa.

¡Insensata mujer! yo le adoraba
y él me juró su amor y su fé pura;
y cuando sus palabras escuchaba,
¡ay! per nada trocará mi ventura.

Me dijo que me amaba y no mentia!...
ven y escucha su voz; ¿oyes su canto?
Pues bien, cristiana, su cancion es mia!
solo vive por mí.... ¡Me adora tanto!

¡Ay! qué dije! perdóname cristiano;
no me puedes amar, estaba loca!
quiero verte feliz; delirio insano
es tan solo el afán que me provoca!

No me puedes amar! alza tu frente;
sola debo morir, es culpa mia;
amas á otra mujer, es inocente....
¿por qué quiero turbar ¡ay! su alegría?

Yo adoraré tambien á esa cristiana ;
la estrecharé amorosa entre mis brazos ;
seré siquiera su infeliz hermana ,
y.... que salte mi pecho en mil pedazos !

Calló la voz; el proceloso viento
raudo por el espacio la llevaba,
y, al apagarse su lejano acento,
—*Yo te adoro, cristiano*,—murmuraba.

EDUARDA MORENO MORALES.

Granada, 1856.

ESCURSION PRIMAVERAL.

(Continuacion.)

Es esta llanura, un sitio célebre en la historia de nuestro reino de Murcia.

Su nombre perpetúa una gloria triste para sus hijos. Cuenta la tradicion, y confirman los historiadores, y entre ellos nuestro ilustre Francisco de Cascales, que por los años de 714 se dió en aquel terreno un sangriento combate entre los esforzados murcianos y las bárbaras hordas del Islamismo. El valor fué tanto como la desventura. Los caballeros del Segura, despues de verter la sangre agarena, glorificaron aquel sitio con la suya propia: la victoria no quiso coronarles. Pelearon como héroes, y como héroes rindieron antes la vida que la espada. Desde entonces aquella llanura se llamó *San-*

gonera, corrupcion de *Sanguinaria*; nombre que se trasmitió en el pueblo para conmemorar tan sangriento hecho de armas.

Embebidos Cárlos y yo en distintas reflexiones, é en el disgusto que le causaba la memoria de Luisa y en el cansancio del camino, y yo en los recuerdos que despertaban aquellos lugares, atravesamos sin hablar aquellas tierras, hoy purificadas y cruzadas por las escasas corrientes del río Guadalen-tin, cuando al levantar nuestros ojos vimos salir de entre los olivares las pardas casas del pueblo de Librilla, distante unas dos leguas del punto á que nos dirigíamos. La vista de aquel pueblo que salía de una maceta de olivos, y lo cerca de Alhama, que era nuestro término, nos reanimaron é hicieron exclamar á mi compañero: « Pronto os veré, mu-chachas alhameñas. »

El almirante Carlos, que contaba tres mortales horas sobre su rocín, y que apesadumbrado miraba cubierto de polvo su elegante traje de camino, murmuraba de vez en cuando de impaciencia, castigando á aquel con la espuela para llegar mas pronto al apetecido fin de la caminata. Y calándose su ancho sombrero, trataba de resguardar del luciente astro del dia, que se hallaba bastante alto sobre el horizonte, su blanco cutis, mas acostumbrado á la suave claridad de su quinqué, que á los fogosos rayos de un sol, que siempre en estos climas parece de verano.

Pronto allá en el confin del paisaje apareció una torre derruida; y en el instante mismo mi impaciente amigo, tarareando una conocida barcarola, encaminó su caballo al no lejano castillejo.

Absorto en la contemplacion de aquella rica naturaleza, inundada de una vivísima luz, dejé adelantarse á mi feliz amigo; y lleno de curiosidad, fui con tardo paso rodeando la añeja torre en que acababa de apearse. Aquellos derruidos muros, abandonados como un sepulcro en la soledad, me encantaban. Su aspecto me hacia retroceder algunas centurias. Dicha torre, obra sin duda de la reconquista, parece por su estructura y posicion, haber sido construida para comunicarse con el castillo de Albama, y trasmitir avisos á otras iguales que suelen encontrarse en aquella comarca á algunas leguas de distancia. El pais la llama *Torre-mocha* por su poca elevacion y notable anchura de base.

Mas hé aquí, que cuando yo me creía en aquellos siglos de lides y de fiereza, á que habia sido transportado á presencia de aquellos quebrantados muros, y con los recuerdos del valle que habia atravesado, oigo sonar de nuevo en mitad de los anti-

guos paredones, la poética canción que entonaba mi compañero, espantando los lagartos y sabandijas, que salían asustados de entre las piedras. Preciso fué entrar. Mas ¿quién lo creyera? Mi camarada, delante de un espejito que había sacado de su cartera, y suspendido de una almena, estaba atusándose tranquilamente su castaño bigote, con la misma impasibilidad que si lo hiciera en su afeminado tocador.

—Carlos, le dije admirado, ¿has visto el paisaje encantador que se divisa por ese lado? Levanta tus ojos, y mira como se destaca en el confín del horizonte, y sobre el azul de aquella estensa cordillera, la pintoresca Villa de Alhama coronada con su inmemorial castillo.

Pero, nada; él continuaba con su barcarola, y limpiando el polvo de sus botas, sin cuidarse de mis interpelaciones. Resignéme por tanto á esperar la conclusión de su limpieza, que terminó inclinando graciosamente sobre el lado izquierdo su ancho sombrero de fieltro ceniciento.

—Es insoportable, exclamó, tanta polvareda. ¿Qué dirán las alhameñas zagalas, al verme convertido en mozo de molino, blanqueando de los pies á la cabeza?

—A buen seguro, le respondí, que los habitantes de esta arruinada fortaleza guardarán bien el secreto de tu rústico desaliño, y....

—Tenías razón, me interrumpió, ¡hermosa perspectiva se descubre desde esta altura!

Ambos nos pusimos á mirar el campo, por entre la rota almena tras de la cual nos hallábamos.

Ah! delante de nuestros atónitos ojos se extendía como una inmensa y bordada alfombra, dilatada llanura esmaltada allá y acullá por algunos pintorescos cercados, en los que blanqueaban entre pomposos árboles, bonitas casas de recreo. Diversas fajas de frondosos olivares, que alternaban con ricos viñedos, cubrían aquel suelo feraz, sobre el cual la airosa palmera y el verde terebinto, parece que ostentan á porfía su gentileza. Como dos poderosas barreras, cierran este valle de tanta belleza por el Mediodía, la sierra de *Carrascoy*, corrupción según algunos pretenden, de *casa de Ascoy*, y por el Norte la de *España*, á que otros llaman de *España*, suponiendo inexactamente que es la primera que se descubre viniendo del Africa.

Al pié de esta cordillera, y recordando al viajero el castigo que Dante impone en su *Infierno* á los soberbios, aparece asentado el pueblo pintoresco de Alhama, como agobiado por un enorme peñon. Y para rematar dignamente tan bello cuadro, coronan

sus alturas los restos de una fortaleza antigua, semejándose al armado guerrero que vela sobre la ruda torre el sueño de sus señores. Es la sombra de Macías, de quien escribía el clavero de Calatrava:

.....
 Ya de aquí salió Macías;
 y siguiéndole mis guardas,
 tomó en efecto el camino
 que va á la villa de Alhama.
 Tus cartas envié á Manrique,
 y yo no sé si observadas
 serán tus órdenes luego;
 pero tú con fácil traza
 podrás saber de la muerte
 de Macías, nuevas claras.

Largo espacio estuvimos distraídos, y sin cansarnos de admirar aquel paisaje, velado en la luz deslumbradora de un sol oriental que señalaba su cénit. Mas al fin, nuestros estómagos, desprovistos desde hora muy temprana, hubieron de recordarnos la humana debilidad; y nosotros, reconociendo sus derechos, hicimos que el buen Francisco nos sirviese una refacción provisional, la cual saboreamos tranquilamente, recostados sobre el verde musgo que circundaba la torre.

Terminada que fué, y adelantado ya el sol, subimos de nuevo en nuestros caballos, y á largo andar, nos dirigimos hácia el pueblo, distante una hora escasa, que ya se nos hacia pesada. En esta última parte debo advertir que no salió palabra de nuestros lábios; porque á la verdad íbamos pensando en las lindas muchachas que debíamos ver en breve.

Dicen luego que cuando se tiene lastimado un dedo todo tropieza en él; pero solo es cierto en cuanto no se toman en cuenta las veces que esto se verifica en los sanos. Así tambien se sostiene que los martes son días aciagos; sin contar que lo que en tales días nos acontece, acontece tambien en los demas de la semana. A mí me sucede todo lo contrario. En lo primero, mi cuidado se encarga de desmentir al dicho vulgar; y en lo segundo, mi fortuna me proporciona todo género de satisfacciones. Así se verificó en mi viaje. En martes hicimos nuestra entrada en Alhama, y fué con buena suerte; pues lo primero que ví fué la linda casa de la Marquesita de la S., á quien había conocido en Madrid.

(Se continuará.)

ANTONIO ARNAO.

LA BOLA DE NIEVE.

Lo que en un principio cosa
de poca entidad juzgamos,
fué como bola de nieve,
que crece y crece rodando.

TAMAYO.—*La Bola de Nieve.*

—Mírelas Vd., mamá, qué lindas son!—¿Le gustan á Vd.?—No le parecen á Vd. bastante buenas para regalárselas á mi padrino?—Estos arabescos de oro y plata, estas flores de perlas bordadas sobre terciopelo azul, ese hermoso forro de muaré punzó, y hasta la plantilla de felpa de seda, tan suave y tan delicada, ¿no es verdad, mamá, que están bien?

—Y ahora ¿me reñirá Vd. todavía porque tardaba en apagar mi luz?—Pensaría Vd. sin duda, que empleaba la noche en escribir á hurtadillas á mis compañeras de colegio, ó que me entretenía haciendo versos, ó leyendo novelas?—¿Quién sabe lo que se figuraría Vd.?—Pues nada de eso: la pobre Rufina pasaba la noche en vela bordando unas zapatillas para su padrino, porque quería sorprender á Vd. y á todo el mundo. ¿No es verdad que me perdonará Vd. este pequeño misterio, mamá mia?—Pero vea Vd. qué ricas son, y qué bonitas al mismo tiempo.—Ya me parece que me falta tiempo para vérselas puestas. ¡Qué contento se va á poner!—Él, que nunca las ha gastado sino de orillo!

Y abrazando á su mamá la linda Rufina, se puso su mantilla de tafetan, y tapándose con el velo, seguida de su aya y con un paquete en la mano, echó á correr como una corza por las estrechas y tortuosas calles de la imperial ciudad de Toledo. Llegó por fin casi sin aliento á la plaza de Zocodover, y deteniéndose á la puerta de una casa de ruinoso aspecto, dió tres golpes con un pesado aldabon, al punto mismo que sonaban las siete en el reloj de la Catedral.

—Soy yo, padrino, decia subiendo la escalera, que vengo á felicitar á Vd. por su cumple años, y á ofrecerle estas zapatillas, que no tienen otro mérito que ser obra mia.

Y el buen anciano D. Rufo cogiéndola de la mano imprimió un ósculo paternal sobre aquel lindo rostro, el mas fresco y sonrosado de las dos Castillas. Examinó en seguida por largo rato aquellos bordados con unas miradas en que se mezclaba la admiracion, la alegría y hasta el terror.

—Oh! mi querida sobrina, cuánto has madru-

gado. Siéntate, que vendrás cansada, siempre corriendo como acostumbrás. Vamos ¿quieres tomar alguna friolera? A tu edad á todas horas hay apetito.

—Tío, no señor, no quiero nada.

—Ea, fuera cumplimientos. ¿No eres mi ahijada, y casi mi hija, pues que yo no los tengo? ¿Si creerás, acaso, que porque tu tia no ha vuelto de su viaje no hay arreglo en esta casa?

Y diciendo así el buen anciano levantó un tapiz, con mas polvo que la peluca de un barba del teatro antiguo, que cubria un estante lleno de paquetes de seda, papeles y libros de comercio: sacó de entre ellos una botella de vino de Málaga, casi al concluir, y echó con mucho cuidado como la mitad de una copa pequeña, que con aire satisfecho presentó á su sobrina, como quien comete un despilfarro. Y aun no contento con esta profusion, cogió una compotera, que contenia algunos albaricoques en almibar, diciéndola:

—Vamos, Rufinita, no hagas la melindrosa; toma... uno, y lo partirás con tu aya, que tambien tendrá ya necesidad. ¿No es verdad?

—Y ahora que ya habeis almorzado podeis volveros á casa, que yo voy á probarme mis zapatillas. Adios, da un abrazo á tu madre, y no tardes tanto tiempo en venir á verme.

Presenciaba esta escena un jóven de fina presencia y buenas maneras, que sentado á una mesa parecia clavado en ella, y se ocupaba en hacer cuentas y arreglar papeles: fijos sus ojos en Rufina se sonreia tristemente, ó suspiraba contento, segun mejor parezca á la indulgencia de mis lectoras. Y al llegar la niña á su casa, situada en una calle detrás del Alcázar, ya pudo reparar en el mismo jóven, pegado al guardacanton de la esquina, señalando en la arena con la contera de su baston no sé que letras ó dibujos. Ella abrió su puerta y la cerró presurosa, y pocos momentos despues nuestro desconocido se hallaba ya otra vez en el escritorio al lado del viejo, que no habia siquiera notado su desaparicion. Sudaba el pobre hombre para hacer entrar, ó por mejor decir, porque no podia hacer entrar su tosco pié, cubierto de una media de lana gris, en aquellas deliciosas zapatillas.

Este buen D. Rufo despues de haberse ocupado por espacio de cuarenta y cinco años en la fabricacion de cintas de seda, se habia retirado del comercio con un gran capital, y vivia con la mayor miseria, creyendo que le habia de faltar qué comer. Habia alquilado una casa, que en sus tiempos podria haber sido muy buena, pero que entonces

por lo derruida que se encontraba, se la habían arrendado casi de valde. Los muebles eran correspondientes al edificio, y con pena, en caso necesario, hubieran podido responder de los alquileres. Todo su servicio estaba reducido á un sola criada, cuyo gasto estaba mas que compensado con la pensión que le pagaba Carlos, el jóven de quien hemos hablado, á quien su padre, rico comerciante de Valencia, había enviado á instruirse en la fabricación de tejidos de seda á Toledo, imperio en otro tiempo de este ramo de industria.

El ex-comerciante, á falta de doncella, ayudaba á vestir á su mujer, á pesar de lo difícil de esta operacion por el extraordinario volúmen de su pareja: hacíala acostarse con sol, ó por mejor decir, al mismo tiempo que el sol, para no tener que gastar luz. Así es, que doña Anselma, que habria deseado disfrutar alguna anchura hácia el fin de sus dias, hacia frecuentes viajes á Illescas, á casa de una prima suya, en donde siquiera podia jugar á la peregila hasta las nueve y media ó las diez de la noche. Por lo demas, nuestro D. Rufo no recibía á nadie en su casa, sino de vez en cuando á su sobrina y ahijada, que como acabamos de ver, no le arruinaria. En fin, había llegado á una edad avanzada sin haber gastado un solo real en sus plaeeres. ¡Y en esto hacia consentir su felicidad!

¡Oh, zapatillas, zapatillas! Ellas habían ocupado su imaginacion todo el día: con ellas soñó toda la noche: eran como su primera pasión, y á la mañana siguiente las miraba y remiraba, las besaba en fin como hace un amante con el retrato de su primera querida.

Jamás había visto nada tan hermoso, y el amor propio se despertaba en él como un sentimiento desconocido. Al punto quiso tener un pantalon nuevo que hiciese juego con sus chinelas. ¡Once años hacia que no había tenido tal deseo! Llegó en fin el sastre, y mientras que le tomaba medida, un estremecimiento general se extendió por todo su cuerpo; ¿era orgullo? ¿era terror? La avaricia y la coquetería combatían en su interior, disputándose su dominio, y entretanto el jóven siempre en su rincón se sonreía y suspiraba.

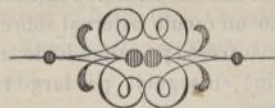
Dos días despues vino el sastre con el pantalon: era éste de satén de lana, muy fino, bordado en las costuras y galoneado á manera de los de un húsar: los dibujos guardaban armonía con los de las zapatillas. Apenas los tuvo puestos, reparó el viejo que su chaleco de pelo de cabra, raído y deslucido desdecia extraordinariamente: así pues fué preciso mandar hacer otro de raso brochado. Enton-

ces el gaban mugriento se despegaba horrorosamente del rico chaleco: era indispensable una bata de damasco para el verano, y de cachemira para invierno. ¿Pero cómo conservar el sempiterno gorro de seda negra con aquella magnífica bata? Fué reemplazado por un gorro griego, bordado de plata y oro, por el estilo de las zapatillas.

Cuando D. Rufo, tan ostentosamente vestido, se sentó por primera vez á su bufete como si fuese un potentado, se desvaneció completamente; pero al mirar la deslustrada badana de la silla de brazos que le servía de trono, sus clavos dorados ennegrecidos, y carcomidos sus piés de nogal, comprendió que no parecia decente sentarse en ella con su nuevo traje: la antigua silla fué, pues, destinada al fuego, y á la mañana siguiente nuestro don Rufo se mecía en un magnífico sillón de muelles, de fina caoba, tapizado de terciopelo carmesí. Pero la estropeada mesa de pino pintado, forrada de bayeta verde no correspondía con el sillón: venga pronto una rica mesa de despacho, con su correspondiente pupitre: despues este bufete necesita un sofá y muebles; los muebles requieren cortinaje; el cortinaje paredes empapeladas; en un despacho son indispensables ademas armarios de palo santo con adornos dorados, y en los armarios libros, no importa de qué autor, pero encuadernados con lujo; despues hay que poner espejos con marcos grandiosos, y una araña de cristal, cuyas bujías hagan lucir de noche todas estas maravillas. El piso no corresponde á este boato: los viejos ladrillos, movidos los unos, rotos los mas, son reemplazados por baldosas de mármol, que en invierno hay que cubrir de ricas alfombras: las puertas tambien necesitan barnizarse.... despues... despues.... En fin, como dice el refran, todo es empezar. Ademas cuando un tonto se encapricha con una idea, se enloquece con ella, y esto esplica el inesplicable crescendo de lujo y despilfarro de nuestro D. Rufo, en cuya casa hasta entonces de todo se carecia. Chinelas.... chinelas.... Adónde nos llevais?

(Se continuará.)

ELENA MORA D' O.



VARIEDADES.

EL MUNDO VIEJO Y EL MUNDO NUEVO.

De aquel buen siglo dorado
quedó la memoria sola,
porque como el mundo es bola
todo el mundo anda rodado.

Góngora.

I.

Saludo á mis antiguas amigas de vuelta del otro mundo.

Porque vengo despues de haber pasado dos meses en el cielo.

Como estoy seguro de que esto no lo cree posible ningun español, voy á explicarme:

He llegado al cielo por medio de un viaje retrospectivo; siguiendo una marcha opuesta á la de la humanidad. Así caminando hácia el principio del mundo en alas de la memoria, di á los pocos pasos en el *Limbo*. Esto es me convertí en *pollo*.

Despues vi el diluvio, puesto que me encontré rodeado de agua, y no me ahogué, gracias á los taberneros, que atendiendo á sus *pellejos* detuvieron la irrupcion acuática.

Con esto se agüó mi muerte, pero no mi viaje.

No sé hasta dónde he llegado, porque para no morirme otra vez, al regreso he perdido la memoria.

Pero sé que he visto puros y brillantes el cielo de la poesia, el cielo del amor y otra porcion de cielos mas, que por aquí casi siempre se encuentran nublados.

He tropezado con la fé, que me dejó ciego.

Y con la esperanza, que me hizo abrir mas ojos que á un cesante á quien alcanza un destello de la idem.

Quisé traerme estos hallazgos, pero vi que el primero me seria inútil, y hasta perjudicial, por sus efectos viniendo al *siglo de las luces*, y lo dejé donde estaba. El segundo se me escapó cien veces de las manos, merced á mi carácter español.

En cambio he traído la caridad, que allí me dieron á guisa de pasaporte, y que aquí me puede ser muy útil, porque apenas habrá quien no la necesite.

No la saco á la venta en las actuales ferias, no porque sea género que no haya salido alguna vez al mercado, sino porque es contrabando, puesto que habiéndola traído escondida en el corazon no ha pagado derechos.

II.

Y á propósito de ferias, ayer estuve en ellas, y tambien en este panorama comercial vi dos mundos, sirviéndose mutuamente de contraste.

Los libros, que como fuentes de ciencia guardaban cuidadosamente nuestros antepasados, por el suelo y en montones como si fueran patatas.

Al rededor de estos puestos, donde se vendian las ideas al peso, habia autores sin obras, buscando obras sin autor; literatos sin nombre, buscando nombres de literatos; y libreros, ú hombres índices, escogiendo entre las obras viejas libros sin forros para confeccionar compendios y vender forros sin libros á los aficionados á lucir mucho con poco trabajo.

Al frente de cada uno de estos montones habia un pregonero, que llamaba al público voceando el precio de la mercancia, ni mas ni menos que lo pudieran hacer los vendedores de melocotones ó avellanas, y escusado es decir que las obras de mas *peso* eran de mas difícil venta, al paso que las mas ligeras tenian mas pronto salida por la mayor facilidad que habia en armonizarlas con las ideas de la generalidad de los compradores.

Si yo escribiese un artículo literario en vez de una revista, no cerraria aquí este párrafo para daros cuenta en otro de mi rápido paseo por la *Feria de Madrid*.

III.

Supongo que las pollitas no tendrán nada que pedir al cielo; azul como si estuviera celoso de las bellezas que cobija, quiere demostrar que no en balde se dice que el Otoño es la mejor estacion para visitar la coronada Villa.

Por eso acuden á Madrid habitantes de todas las provincias de España, en esta época en que salen á plaza tambien objetos de todos los siglos, vejezes y novedades de todos géneros; y es tal la variedad, que hasta los paseantes son distintos en la feria, segun las horas. Nadie confundiria la concurrencia del mediodia con la de por la tarde y la de por la noche. Un pollo amigo mío que ha estudiado heráldica, pasando diariamente revista desde las sillas del Prado á los carruajes que van á aquel sitio, se me burló hace dos tardes por el grave pecado de haberle propuesto dar un paseo por la calle de Alcalá al anocheecer.

Vime, pues, obligado á llevar á cabo mi excursion solo y tan á oscuras como si me guiase el alma del *dandy*, porque en la calle de Alcalá y en las noches de feria se comprende el siglo, pero no las *luces*.

Estas sin embargo no me hicieron gran falta, porque nada habia que ver, si se exceptúa un puesto de plumas *invariables*, las cuales por su adjetivo seguramente eran la admiracion del sexo hermoso.

No sé si á mis lectoras les habrá parecido tambien la feria menos animada este año que los anteriores. De mí sé decir, que creo que la falta algo, y efectivamente tiene de menos lo que el derribo de la Puerta del Sol la ha quitado. No

deben ser los vendedores de nueces y avellanas los mayores partidarios del ornato público.

IV.

¿Querrán vds. creer que me habia propuesto decir en esta revista algo nuevo sobre las ferias y no puedo conseguirlo?

Es verdad que no es la feria la ocasion mas á propósito para buscar novedades.

Y no porque no se encuentren hoy calles y plazas sembradas de contrastes y rarezas, sino porque en esa misma estravagancia hay una inmensa monotonía.

Juguetes para niños y apollilladas vejeces, frutas secas y frescas, una fila de cajones (vacíos muchos este año), y colocados á guisa de tiendas en los puntos que antes ocupaban los coches públicos; hé aquí la feria madrileña que dura quince días, y que no tiene mas objeto que, añadir por el espacio de dos semanas un nuevo paseo á los que ya cuenta la coronada Villa.

GAZEL.

MODAS.

Las sillas del Prado se han trasladado en correcta formacion á la calle de Alcalá, paseo predilecto de las elegantes madrileñas durante las ferias. Si se esceptúa que los trajes lijeros se van sustituyendo por otros de seda, no hemos advertido una gran variacion en sus cortes ni disposiciones. Continúan en las telas de seda los dibujos á listas anchas, en fondos oscuros para calle, y claros para reunion, mas ó menos vestida. En este género recomendarémos un vestido fondo blanco, con listas alternadas verdes y lilas: su corte es de cuerpo redondo, alto y fruncido, con doble falda, y un jareton ancho en cada una. La pasamanería continúa en favor, especialmente en los vestidos de fondo liso: entre éstos es muy distinguido uno, color de tórtola, cuyo cuerpo alto y cerrado por delante con una hilera de botones de seda, lleva otras dos en las costuras, desde el hombro á la cintura, formando V. Este cuerpo ó chaqueta se corta al hilo, y la amplitud de su larga aldeta, que va unida al cuerpo y cubre la mitad de la falda, se obtiene cortándola al biés. La manga se compone de dos huecos, adornados con un fleco de enrejado y bellotas, que se repite en el bajo de la aldeta, un poco mas largo.

Los corpiños ó tirantes de terciopelo, á la napolitana, como los modelos núm.^o 1 y 7 de nuestro grabado de Modas, siguen en favor, aunque no los recomendamos, sino en personas muy jóvenes. Los núm.^o 2 y 3 son de cofias para casa, cuyo corte y adornos de blondas, cintas y terciopelitos negros, marca el dibujo. El núm. 4 es un corte de vestido para niña, con bordados de trencilla: los núm.^o 5 y 6 son modelos para mangas de alguna novedad.

En los peinados hemos observado alguna variacion: una es de bandós huecos, que terminan en una trenza muy floja, y vienen á formar rodete por detrás. Lo mas nuevo, sin embargo, en este género son rulos á la Fuoco, y sobre éste dos bucles muy largos y sedosos, entre los cuales se coloca una flor, ó mejor una guirnalda pequeña: este peinado forma por detrás un lazo ó mariposa, tambien hueco como los bucles, y sin trenzar.

AURORA PEREZ MIRON.

TEATROS.

La campaña teatral ha dado principio bajo los mas felices auspicios. *El Circo* ha abierto sus puertas el domingo, poniendo en escena la comedia de Tirso de Molina, *Desde Toledo á Madrid*, habiéndose dignado S. M. la Reina honrar la funcion con su presencia, acompañada de su augusto esposo, de la Infanta doña Cristina, y de la duquesa viuda de Alba. El local, aunque no variado en su forma, ha sido completamente restaurado, y la brillante concurrencia que le ocupaba salió muy complacida de la siempre aplaudida comedia del festivo fraile de la Merced, cuyas galas adquieren mayor relieve interpretadas por actores como la señora Lamadrid y el señor Romea.

ADVERTENCIA.

Con este número se remite á las señoras que se suscribieron por seis meses antes de fin de Julio, segun la advertencia del núm. de 30 de Junio, el dibujo de cañamazo que les ofrecemos.